



DE MALETAS PESADAS A Equipaje Ligero

OSCAR PACHECO

Por mucho tiempo pensé que la vida cristiana era un sendero lóbrego, difícil y duro, donde tenía que esforzarme constantemente para avanzar. Siempre que hablaba de la salvación, venía a mi mente, de forma casi instantánea, el cuadro de un hombre con el rostro bañado en sudor, sosteniendo una maleta pesada en su mano, mientras allanaba con la otra el camino para poder transitar por él.

Esos esquemas mentales con el tiempo te agotan espiritualmente, convirtiéndote en un cristiano frío con una alta dosis de egoestima, alguien que alucina con la fantástica idea que con disciplina y dominio propio puede ir mejorando progresivamente aquellos aspectos de su vida espiritual que son deficientes, algo así como un “autoperfeccionamiento”. Sin darme cuenta, me había convertido en un fariseo y juez implacable con todos aquellos que no alcanzaban mi estándar de religiosidad, en palabras de Elena de White, estaba “tan seco como las colinas de Gilboa, sin rocío y sin lluvia”.

En resumen, te acabo de describir al Saulo de Tarso que constantemente vivía obsesionado con obrar y hacer, al Saulo de Tarso que había “dejado afuera a Cristo” y amaba las “teorías y razonamientos, y predicar discursos llenos de argumentos”, al Saulo de Tarso que no conocía la gracia y se incomodaba al escuchar de ella, al Saulo de Tarso que llevaba por dentro. Recuerdo en más de una ocasión haberme molestado con mi

esposa cuando en tono dulce me decía: “¡Deberías predicar más de Jesús en tus sermones!” Inmediatamente fruncía el ceño y pensaba indignado: “La gente necesita escuchar otras cosas más importantes que eso”. ¡Cuán fácil es pensar ese tipo de barbaridades cuando no conoces a Cristo!

Gracias a Dios, hace un par de años atrás, motivado por algunos libros y videos, comencé a estudiar con ahínco las buenas nuevas del evangelio, las Escrituras me parecieron tan claras y finalmente entendí que la salvación no se trata del hombre haciendo algo por Dios, sino de Dios haciendo todo por y en el hombre. Esa verdad tan poderosa que resplandece en cada página de la Biblia, impresiono mi corazón y me saco de las frías aguas del formalismo en las que me estaba ahogando.

Siempre pensé que mi fe materializaba o activaba la salvación, pero Dios, a través de su Palabra me hizo entender que Cristo, aún antes de creer en Él ya era mi Salvador (1 Timoteo 4:10). Siempre pensé que tenía que ganarme el amor de Dios mediante mi buen comportamiento, pero Dios, través de su Palabra me hizo entender que su amor (ágape) es incondicional (Romanos 5:8) e “inalterable por la familia humana”, y fuertemente atractivo (Juan 12:32), de tal forma que para perderme tengo que nadar contra la corriente de su gracia, una hazaña bastante dura y difícil de emprender. Siempre pensé que era yo el que debía de obedecer y sujetarme a la ley, me encantaba hablar de la obediencia como “mi parte”, “mi deber”, “mi obligación”, pero Dios, a través de su Palabra me hizo entender que la obediencia, al igual que cada mandamiento de la ley, es una promesa divina, algo que sólo Dios puede hacer en mí (Ezequiel 36:27) si me entrego a Él. Así sucesivamente podría enumerarte muchos “siempre pensé” que fueron derrumbados por la gloria del evangelio, escamas que tuvieron que caer de mis ojos para contemplar los “encantos incomparables de Cristo”.

Quizás te preguntarás a estas alturas, que tiene que ver la foto adjunta con mi querida hija Grace en esta publicación. Pues, ahora al pensar y hablar del plan de la salvación, mi mente construye un cuadro muy diferente (al que te describí hace un momento): Un padre amante que sostiene en sus brazos con firmeza y ternura a su hija, mientras camina por un sendero largo y angosto. ¿Es costoso para la bebé avanzar? ¿Le genera alguna dificultad? ¡Claro que no! El camino no será costoso mientras contemple el rostro de su padre, descanse en su amor incondicional y permanezca en su regazo. Así es el camino de la salvación: ¡Fácil, si reposamos en Cristo! Pero si nos resistimos a Él, y vivimos bajo la inútil ansiedad de ganarnos el cielo mediante la meritocracia será difícil, pues estarás, como yo lo hice hace un tiempo, llevando tu propio yugo y no el de Cristo, el cual es fácil y ligero (Mateo 11:30).

Mi querido amigo y hermano que lees, cuanto anhelo que “el mensaje de la justificación por la fe... el mensaje del tercer ángel en verdad”, transforme por completo tu vida, como ha comenzado a hacerlo con la mía. La decisión es tuya ¿Aceptarás las buenas nuevas que en los últimos capítulos de la historia alumbrarán este mundo con la gloria de Dios o tomarás la triste decisión de vivir un evangelio centrado en tus frágiles promesas y esfuerzos? ¿Vivirás bajo los términos del nuevo pacto: “Cree y vivirás” o bajo los términos del antiguo pacto: “Haz y vivirás”? No claudiques más, y escucha la voz de

aquel que hoy te dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20). Permite que Cristo entre en tu corazón y Él te cambiará por completo, al punto de reproducir su carácter perfecto en tu vida.

Autor: Óscar Pacheco

Ver otros artículos en: <https://www.facebook.com/megafonoadventista>

Artículo publicado por cortesía de:

